

CONFESIÓN PRIVADA FORMULA O oración del penitente a Cristo devotísima, que no se atribuye mal a San Bernardo.

1. En unión con tu dolor más amargo, que asumiste la causa de mi dolor y aceptaste la enmienda por mis pecados, Señor Jesucristo, con toda la comunidad de los que sufren, los verdaderos penitentes y los que te buscan en verdad, te confieso todos mis pecados, los males cometidos y los bienes omitidos, o no hechos puramente o negligentemente, tal como tú los conoces mejor en número, peso y medida; y los días perdidos de mi vida, en los cuales te ofendí, disminuí tu alabanza, caí de ti, el sumo bien, y arrastré al prójimo a la caída. Recibe, pues, Señor, de mi miserable vida el resto de mis años; por aquellos que perdí viviendo mal, en los que viví perdidamente, un corazón contrito y humillado, Dios, no desprecies. Mis días han declinado y perecido sin fruto. Es imposible recuperarlos; pero complácete en que los recuerde en la amargura de mi alma. Señor, el abismo profundísimo de mi miseria invoca el abismo altísimo de tu misericordia. No retengas en tu ira tus misericordias, y no permitas que se seque la fuente inagotable de tu misericordia sobre mí a causa de mis pecados, tú que te compadeces de todos y no odias nada de lo que has hecho, disimulando los pecados de los hombres por el arrepentimiento. Tuyo es, Señor, perdonar los pecados; ten piedad de mí, mientras es tiempo de gracia y misericordia; y mientras es tiempo de enmienda, concédeme merecer la gloria de la bendición, para que en el día de la consumación no me golpee la palabra de maldición.

2. Hazme, te ruego, Señor, abandonar los males acostumbrados y realizar lo que te agrada; y el esfuerzo que hasta ahora he ejercido en los pecados, con tu ayuda, permíteme ejercitarlo en adelante en tu voluntad, para que donde abundó el delito, tu gracia sobreabunde. Te ruego por ti mismo, y por el amor de tu piadosísima madre, la gloriosa Virgen María, y por la intercesión de todos tus santos y elegidos, perdona todos mis pecados, negligencias e ignorancias, y no me pierdas con todas mis iniquidades, ni reserves mis males en tu ira hasta el fin. Recuerda, Señor Jesús, que no es tuyo perder nada de lo que tu Padre te ha dado; más bien, es propio de ti tener siempre misericordia y perdonar, no perder a nadie, sino salvar. Pues tu Padre te envió al mundo, no para juzgar al mundo, sino para que tengamos vida por ti; para que seas nuestra propiciación y nuestro abogado, no contra nosotros. Porque lo que nosotros debíamos, tú lo pagaste; lo que nosotros pecamos, tú lo sufriste; lo que nosotros descuidamos, tú lo supliste.

3. Que ahora, Señor, y en mis últimos momentos, me aproveche la satisfacción plena, incluso superflua, de tu amarguísima muerte, y el precio inestimable de tu sangre derramada, la conmemoración de tu satisfacción, el venerable misterio de tu cuerpo y sangre, que se te ofrece diariamente en la Iglesia por la salvación de tus fieles siervos: en el cual tú mismo eres sacerdote y sacrificio; aquel que ofrece y a quien se ofrece, y esto mismo que se ofrece, para merecer en el presente la gracia, que no merezco; para obtener en el futuro el descanso y la gloria, que tu amarguísima muerte ha conseguido. Mis imperfecciones, Señor Jesús, tus ojos las han visto; pero tú, piadoso, misericordioso y superior a la malicia, no, te ruego, me las imputes para un castigo eterno, tú que todo lo has preordenado al sumo y perfecto bien de la mejor, más perfecta y sabia manera; y no permitas que sea borrado del libro de la vida; sino ofréceme la porción que me corresponde, en ayuda de tu preciosa pasión, por la cual quisiste que el hombre fuera coheredero contigo en la tierra de los vivientes.

4. Que te mueva, pues, Señor, y te incline a la misericordia la consideración de la fragilidad humana, tú que conoces cuál es la sustancia del hombre, y que no en vano has constituido al hombre sobre la tierra; y conserva la obra de tu piedad, para que no trabajes en vano en ella, ni sea infructuosa en mí la efusión de tu sangre inmaculada. Tú, que haces la purificación de

los pecados, concede que, purificados por ti de las inmundicias de los pecados, y con el rostro de la mente iluminado, te conozca, y reconociéndote, me dirija continuamente hacia ti, para que al final, con un feliz desenlace, merezca llegar a ti, Jesucristo, mi Dios y mi Señor, que vives con el Padre y el Espíritu Santo, etc.